

Devenir, revolución y dialéctica

Por Vladimir Ilich Hernández Gómez

La Madre/Mama (1926).
Dirección: Vsévolod Pudovkin



“- ¿Y será posible que atormenten a la gente?
¿Qué desgarran el cuerpo,
que rompan los huesos?
Cuando pienso en esto,
Pável, querido mío,
¡me da horror!...
- Rompen el alma...
Eso duele más: el que desgarran el
alma con manos sucias...”¹
Máximo Gorki, *La Madre*

La *Madre* (1926), dirigida por Vsévolod Pudovkin es un clásico imperdible del cine soviético que, como adaptación de la obra homónima de Gorki, presenta la situación atravesada por la sociedad de la Rusia Zarista de inicios del siglo XX, marcada por el desarrollo de la sociedad industrial, como signo del creciente capitalismo, y con ello, de nuevas formas de ordenamiento social, cuya confrontación, en la lucha de clases, estará marcada por la *burguesía* y el *proletariado*, como

¹ Gorki, Máximo. (1982). *La Madre*. URSS: Editorial Ráduga. p. 77.

clases sociales derivadas del establecimiento del capitalismo como modo de producción

Agachada y lúgubre, con el marcado estigma de una vida llena de sufrimiento, de sumisión, de desprecio, así se nos ilustra a la Madre. El Padre, en cambio, proyecta un desgaste espiritual de otra índole: es un obrero en una fábrica, moldeado toda una vida bajo un sistema de deshumanización, y de transformación de la humanidad en mera fuerza de trabajo cuantificable, en un número de estadística, en una tuerca perfectamente reemplazable. Impulsado por su propio estado de ebriedad, el Padre pretende robar objetos familiares para luego intercambiarlos por vodka, preciado elixir para pasar las penas, predilecto de todo obrero. Ante tal hurto, la Madre reacciona y busca impedirlo, por ello, por oponerse al Padre, al símbolo de poder, a la representación del Patriarca, se gana una golpiza, como aquellas a las que se le ha sometido toda la vida, un golpe más, un golpe menos. En ese instante, con la conmoción de ver a la Madre violentada y sumisa, el hijo se levanta, toma un martillo y con él muestra empoderamiento, emancipación y rebeldía, con temple de acero y mirada penetrante, Pável Vlázov planta cara a la injusticia y lanza aquel primer grito de protesta, y la semilla que esperaba latente en su interior comienza a germinar, ¡No te atrevas a tocar a mi madre!”

A través de personajes, que van develando su propio modo de ser con el transcurso natural del filme, Pudovkin consigue uno de los méritos propios del realismo en el arte: la generación de *tipos*, ciertas categorías que nos permiten identificar a los personajes no sólo consigo mismos, sino también con una generalidad representada a través de ellos, haciendo altamente valiosa esta obra para la URSS, por servir a un fin que Hegel mismo ya había pensado, este es el del *desarrollo cognitivo* de aquel que se nutre con la obra, pero lo perseguido acá va aún más lejos que un mero fin cognitivo, es uno *práctico*: generar conciencia de clase y organizar la revolución.

Y después de esa chispa de rebeldía, se ha comenzado a gestar el incendio. En una sociedad que se caracteriza por el trabajo deplorable en las fábricas, abundancia de tabernas con vodka barato, violencia familiar, suciedad, decadencia, odio, Pa-

- **Devenir, revolución y dialéctica**

vel elige un camino diferente, elige ser nuevo, comprende que la situación en que se encuentra la sociedad es síntoma de una humanidad enferma, corrompida por la industria, por la desigualdad económica, por la brutalidad con que son sometidos bajo un régimen, bajo una ideología, y esa comprensión lo lleva a la acción, lo hace organizarse, hacerse de camaradas, de cómplices, repartiendo boletines de protesta y agitando a las masas desde abajo, siempre con la latente represión respirando sobre su hombro, hasta que llega.

Pero todo revolucionario conoce las consecuencias a las que se puede enfrentar, y sabe sonreírles cuando éstas tocan la puerta. Los oficiales, maestralmente retratados, con sus grotescos rostros, de bigotes retorcidos, irrumpen en la vivienda de los Vlášov, interrogando a Pável sobre su presunta posesión de armamento, ante esto, éste no hace más que mantener una mirada serena y firme, negando todo, guardando silencio, porque aquél que sabe levantar la voz ante las injusticias, e irrumpir con estruendosa oratoria entre las masas, también sabe cuándo callar. Después del silencio, Pável es arrestado, coronando la ironía, pues el motivo del arresto es que “se ha negado a hablar”, ante esto, la Madre, desesperada por rescatar al hijo, y tras previamente haber observado el escondite de las armas, las entrega. Con evidencias en mano, Pável es llevado, para después ser enjuiciado. Juzgado culpable, al hijo se le ha condenado a trabajos forzados, ha de ir preso por buscar el cambio, por ser crítico, por buscar la justicia, la cual, sirviendo al poder, ha considerado justa la condena, la Madre se levanta y exclama: “¿Es esto justicia?”.

Algo cambia en esa mujer encorvada, la mirada agachada ha decidido ver al cielo, el miedo ahora alimenta la valentía, la pone en movimiento, el amor al hijo y el desprecio al injusto la han hecho cómplice, de manera paralela al crecimiento de Pável podemos ver la evolución en la Madre, y al visitar a su hijo, llevándole un recado “de sus amigos”, aquél comprende que ya no está frente a la misma mujer oprimida a quien en algún momento defendió de su padre, ahora está frente a una mujer que ha logrado apropiarse de su voluntad, está frente a un ser renovado, esa misma novedad que se gestó en él ha comenzado a florecer en la Madre, después de todo, ha llegado la Primavera.

El invierno ha comenzado a ceder, los ríos retoman su fluidez, las masas están agitadas y la movilización se anuncia: los trabajadores de las fábricas van a liberar a los prisioneros. El hielo que es llevado por la corriente del río nos da una imagen importante: todo está en devenir. La dialéctica que opera en la estructuración de la realidad, como también en el filme, anuncian un desenlace, que es una confrontación en sí misma.

La movilización avanza, con la Madre entre sus filas y una gloriosa bandera roja encabezando a la multitud, y a la par de los himnos soviéticos se nos muestra la gestación de la represión, “no desperdicie balas”, dice un oficial. En la prisión se dispara el motín, y a pesar de algunas dificultades, Pável consigue escapar entre un acribillamiento brutal y consigue reunirse con los manifestantes, entre ellos, después de abrirse paso, se ve de frente con la Madre, logrando abrazarla después de todo, la libertad se consume con ese ansiado y tierno encuentro. Pero la libertad es frágil como *un diente de león*, y rápidamente comienza a esfumarse, pues Pável, mientras abraza a su madre, es acribillado.

Haber pasado por tantas cosas, por tanto sufrimiento, por tanto peligro, para encontrarse con el bien amado y que éste sea arrancado nuevamente, ahora para siempre. Pelagia Nílovna ha perdido todo. Y solamente perdiendo todo ha logrado encontrarse. La Madre levanta la bandera, y con la espalda erguida y la mirada infinita, con un gesto de valentía y profunda fortaleza, se planta de frente a la caballería que arremete en su contra, y negándose a volver a agacharse, después de toda una vida de hacerlo, recibe su muerte de frente, inmortalizando su espíritu revolucionario.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. MUBI.

- **Devenir, revolución y dialéctica**

El filme no es rescatable únicamente como un clásico en la historia del cine, sino que lo es por la increíble vigencia de su temática, la cual sigue siendo un reflejo de la situación actual de nuestra sociedad, una sociedad hiperindustrial, devoradora de vida, destructora de su propio medio, adoctrinadora, enajenante, patriarcal, la cual nos pasa por alto, por nuestro propio estado de abortos en su aceleración incesante, a su arrastre imparable, así como también nos sigue enseñando uno de los pilares fundamentales del ser humano: la rebeldía. La rebeldía es la expresión de nuestra propia performatividad, de nuestro poder hacer, un hacer que siempre *modifica*, que *transforma*, que da movimiento al ser, que opera *dialécticamente*.

Nuestros tiempos nos exigen una vuelta a la mirada crítica, a un actuar revolucionario, a retomar nuestra rebeldía y ser performativos, a retomar nuestro poder hacer, a cultivar la conciencia para sembrar las semillas de un mundo diferente, y que aunque no lleguemos a ver la cosecha, podamos llegar a nuestro ocaso con la esperanza de que alguien, en algún momento, goce el dulce fruto de la libertad, ya curado el desgarró del alma.

¡Hasta la victoria siempre!